

EL AUTOR DEL "MILAGRO KENYANO"

Mzee Jomo Kenyatta

MIGUEL GARCIA OROZCO

El lunes 21 de agosto, a poca distancia del puerto de Mombasa, donde se decía que una fragata americana le aguardaba siempre por si fuera necesario sacarlo del país, falleció a los ochenta y seis años de edad Mzee Jomo Kenyatta, uno de los padres de la independencia africana. Tras largos años de exilio, persecuciones y cárceles, el "Anciano" (Mzee) había gobernado el país desde el momento de la independencia, siempre con la misma autoridad incontestada.

Lejos de ser un líder popular (sobre todo en los últimos años), Kenyatta se las arregló para mantenerse en el poder merced a su sabia política de mantener un ejército lo más pequeño posible y a la integración que supo lograr entre los intereses de la élite occidental y una élite africana por él propiciada. Mientras, las masas africanas de Kenya quedaban marginadas y en la más absoluta pobreza.

Garantizadas sus fronteras por las potencias occidentales, que se han venido ocupando de frenar los irredentismos somalí, ugandés y zanzibari, su pequeño ejército de 6.500 hombres, sin tanques y sin apenas barcos y aviones, fue únicamente destinado a reprimir motines y huelgas. En 1974, por ejemplo, se encargó de "restaurar el orden" en Nauru, donde la hacienda y cultivos de Kenyatta habían sido incendiados, al tiempo que su ganado era sacrificado y descuartizado por una masa de campesinos.

La figura de Kenyatta había surgido con la revuelta Mau-Mau de 1952, en la que, según nos cuenta la Historia, fueron vilmente asesinados 32 civiles europeos (a menudo la Historia olvida que en la represión de los blancos perecieron 13.000 africanos y otros 80.000 fueron internados en campos de concentración). Kenyatta fue acusado entonces de ser el inspirador de la revuelta, y pasó por ello nueve años entre rejas.

La revuelta en sí había surgido a raíz de la expropiación de tierras tradicionalmente cultivadas por africanos por parte

de los colonos blancos. Kenya era entonces, al igual que Sudáfrica, Rhodesia, Angola, Mozambique y Namibia, uno de los territorios en que los blancos pensaban permanecer para siempre. Los acontecimientos mostraron, sin embargo, que esto no sería posible bajo el sistema de gobierno despótico de la minoría y "apartheid", a menos que los millares y millares de opositores negros fueran eliminados. Apoyándose en la próspera comunidad india, los ingleses inventaron entonces un sistema de colaboración racial que posteriormente conduciría a un gobierno de la mayoría negra.

Al ser sacado de la cárcel para ser inmediatamente instaurado en el poder, Jomo Kenyatta, ya suficientemente occidentalizado a través de sus casi veinte años en Europa y de su matrimonio con una inglesa, perdonó a los británicos el modo en que le habían tratado y se propuso construir en su país una sociedad multirracial, estable y de economía libre.

Así surge el "milagro keniano", que hace que Occidente siempre ponga a este país como ejemplo de lo que debieran ser otras naciones africanas, atacadas perpetuamente por los virus de las intervenciones militares, los golpes de Estado, la falta de libertades, las guerras civiles, la baja productividad, las expropiaciones y nacionalidades y la huida de la mano de obra especializada.

En efecto, en la actualidad quedan aún en Kenya más de 100.000 indios y algo menos de la mitad de europeos (algunos con nacionalidad keniana); ha habido pocas nacionalizaciones y expropiaciones; el índice de crecimiento económico se ha mantenido alrededor del 8 por ciento durante largos años; no ha habido guerras civiles, ni aparentemente falta de libertades, y, sobre todo, no se ha intentado nunca seriamente derrocar al Gobierno.

En teoría, el objetivo de los cerebros económicos kenianos al desarrollar la economía era el de suministrar bienes de consumo a buena parte de Africa,

y aunque es común encontrar productos "Made in Kenya" con marcas de conocidas multinacionales en las tiendas de las ciudades del Africa Oriental, el verdadero propósito del desmesurado crecimiento de la industria y de los servicios era el satisfacer a ese gran número de indios y europeos que con altísimos ingresos creaban una creciente demanda de productos más o menos sofisticados, a los que, por supuesto, no han tenido ni tienen acceso la mayoría de los africanos del país.

determinados a crear una sociedad en la que el pueblo tenga abundantes oportunidades de mejoramiento personal".

Indudablemente, Kenyatta ha tenido abundantes oportunidades de mejoramiento personal, y sin duda las ha aprovechado, logrando una de las más importantes fortunas del país (motivo, por otra parte, de su creciente impopularidad durante los últimos años).

El desigual reparto del excedente económico arrebatado a millones de marginados ha pro-



Kenyatta: un líder poco popular.

La clave estaba entonces en acceder a la élite, para así poder disfrutar de los beneficios que gozaban exclusivamente los no-africanos hace tan sólo quince años. Para la mayoría de los africanos había que convertir en realidad el viejo mito capitalista del vendedor-de-periódicos-que-llega-a-millonario. O para ponerlo en palabras del propio Kenyatta: "Dentro de nuestro concepto del socialismo africano democrático, estamos

picado una tremenda lucha por apropiárselo en la que no sólo vencía el más fuerte. La corrupción, sin llegar a las tasas de Nigeria, está a la orden del día en todas las esferas de la vida keniana, y ha llegado a convertirse en algo tan normal, que es aceptado por todos como parte del sistema económico.

Para aquellos que no tienen acceso a este medio de enriquecimiento, el crimen ha sido la solución ideal, dando como re-



El sistema político de Kenya ha sido un acicate para la tribalización del país y para generalizar la corrupción. En la foto, colas de votantes en Nakuru.



Mientras en Kenya se producía un desmesurado crecimiento de la industria para satisfacer al gran número de indios y europeos residentes en el país, las masas africanas quedaban marginadas y en la más absoluta pobreza.

sultado que de las 72.000 denuncias presentadas ante los Juzgados del país en 1976 (el 50 por 100 más que cinco años antes), la gran mayoría hayan sido asaltos con violencia.

En cierto modo, la vida política del país en los últimos quince años ha sido un reflejo de la vida económica. De hecho, el mejor medio para acceder a la élite económica ha sido la participación política, que, dada la ausencia efectiva de ideologías

o partidos que se disputen el poder (desde 1967, tras la fusión del KANU y el KADU, sólo existe un partido), se ha basado en lealtades tribales o en pura demagogia.

Salvo honrosas excepciones (Oginga Odinga, J. M. Kariuki, Martin Shikuku, J. M. Serohey, Chelgat Mutai, Mark Mwitanga y algunos más), el objetivo que ha guiado a los políticos kenyanos para presentarse a las elecciones ha sido el hacerse ri-

cos gracias a sobornos, prebendas o concesiones.

Según el sistema parlamentario keniano, la base del poder reside en la Cámara, y los diputados han mostrado en numerosas ocasiones que no iban a dejarse despojar de lo que tanto trabajo les ha costado. Naturalmente, y dando así un tinte democrático a las elecciones, éstas son siempre muy disputadas, y es común ver cómo ministros en ejercicio y la mitad de los miembros de una legislatura son derrotados en sucesivas consultas.

En algunas ocasiones, el Parlamento ha llegado a enfrentarse tímidamente a Kenyatta, y éste no ha dudado en proclamar su opinión sobre los elegidos del pueblo: "En el Parlamento se creen que son ángeles (alusión a denuncias de corrupción), que son ellos los que tienen el poder, pero yo digo que el poder es mío".

Además, a pesar de la liberalidad del sistema, Kenyatta ha sabido mantener a raya a los críticos del sistema de un modo u otro. Oginga Odinga, que fue vicepresidente del país, fue expulsado del partido y ha sido excluido de las listas electorales tantas veces como se ha presentado; Kariuki fue encontrado muerto tras ser visto en compañía de miembros de los Servicios de Seguridad; otros han sido encarcelados, muertos o condenados al ostracismo político.

El sistema político, en suma, no ha servido más que de acicate para la tribalización del país y para generalizar la corrupción. Si bien no está permitida la constitución de partidos con base tribal, un grupo de estas características, la GEMA (Asociación Gikuyu, Embu y Meru), goza de un tremendo poder, habiendo llegado a contar en ocasiones con un Gobierno exclusivamente compuesto por miembros de la misma.

Otro de los graves legados que deja el "Viejo" Kenyatta es el aislamiento del país frente a casi todos sus vecinos. Si de Tanzania y Etiopía separan a Kenya profundas diferencias de ordenamiento político, con Uganda y Somalia ha estado en ocasiones en trance de guerra: con la primera por diferencias económicas y hasta personales, y con la segunda, por razón del Distrito Norte keniano, reivindicado como parte de la Gran Somalia.

La única nación vecina que pudiera tener afinidades ideológicas con el régimen de Kenya, el Sudán, tampoco está demasiado interesada por promocionar las relaciones, dado el intermitente problema de la región Sur, origen de la guerra civil que asoló el país de 1955 a 1972. Si bien la ruta keniana de Mombasa y de los grandes lagos (la utilizada por Burton y Speke) es la más corta para llegar a la región Sur, la apertura de ésta podría independizar económicamente al Sur del Norte sudanés, abriendo así el camino a un nuevo planteamiento secesionista.

En definitiva, el Mzee Jomo Kenyatta deja al país con un sistema corrupto de gobierno, aislado de sus vecinos y, lo que es peor, en el África de nuestros días: sin ninguna fe en su propio destino. Eso sí, el país sigue siendo un modelo según Occidente, aplica el parlamentarismo al estilo propio y es estable políticamente, dado su inexistente ejército y su dependencia económica casi total de Occidente.

Los eventuales sucesores que manejan los comentaristas, Daniel Arap Moi, actual vicepresidente y amigo personal de Idi Amin; el antiguo ministro del Exterior, Njoroge Mungai, hombre de la multinacional LONHRO en Kenya, y Charles Njonjo, actual ministro de Justicia, cómplice del Presidente en todas sus actuaciones contra los diputados más críticos, no parecen ser una alternativa más sana. ■